

Nuevo nacionalismo, viejos mitos

Federico Manfred Peter

Historiador

En el tema que voy desarrollar en el presente artículo trataré de ser objetivo, sin embargo, no pretendo esconder criterios personales, experiencias y vivencias propias que no se pueden excluir. La infancia y primera juventud bajo el ultranacionalismo alemán me han marcado a mí, como a la mayoría de mi generación, para siempre.

Vamos a examinar a continuación la terminología y los mitos nacionalistas.

La Nación

Este término se usa desde la Edad Media. Sin embargo, su significado político sólo existe desde la Revolución Francesa. La primera Nación moderna representa las ideas de libertad, igualdad y derechos humanos. La Nación —así lo proclama la Asamblea Constituyente— se forma por medio de la voluntad general del pueblo. Es un acto consciente y no natural. A la Nación se pertenece por voluntad libre y no por destino de la naturaleza, por nacimiento. Es consecuencia directa de la filosofía de la ilustración. El acto racional se pronuncia expresamente contra el provincianismo tribal y el determinismo étnico y contra las leyes de la tradición y la religión. Hijos e hijas de la patria son todos los que quieren serlo. A partir de ahora se llamarán ciudadano o ciudadana y gozarán de los derechos que les garantiza la Nación. La Nación se pone a crear las condiciones generales para la libertad e igualdad de los ciudadanos borrando las diferencias entre las provincias, favoreciendo un solo idioma —el francés—, reduciendo así la importancia de los demás idiomas que existen sobre el territorio de la República. Estas entidades culturales desaparecerán junto con sus idiomas.

Con la Nación Moderna e inseparable de ella nace el Nacionalismo. El 17 de septiembre de 1792 un

observador sensible y atento, Johann Wolfgang Goethe, se encuentra entre los espectadores de un grandioso escenario militar: la Cañonada de Valmy. Hasta aquí, hasta las mismas puertas de París han llegado las tropas de la alianza antirrevolucionaria para extinguir el fuego de la revolución que amenaza a todas las monarquías de Europa.

Aquí, en el poblado de Valmy, se ven enfrentadas a una inmensa muchedumbre, mal armada, mal vestida, pero muy disciplinada y dispuesta a no dejar pasar a los invasores (¡no pasarán!) que vienen dispuestos a instalar nuevamente el Antiguo Régimen.

A través de la lluvia incesante, la niebla, el ruido infernal de las explosiones, el silbido de las balas, suena sin cesar la canción que sólo dos meses antes había conmocionado a toda la ciudad de París en fiebre revolucionaria: La Marsellesa.

Ante la tenaz resistencia del enemigo los generales de la Coalición ordenan la retirada, dejando los caídos atrás. Goethe se encuentra en medio de un grupo de oficiales prusianos tristes y desconsolados en medio del barro. El escritor se dirige a ellos (según su diario) diciendo: «*Aquí y ahora acaba de comenzar una nueva época de la historia*», y agrega, mirando a sus compatriotas derrotados, «podéis decir, que habéis estado presentes».

Efectivamente, había comenzado la época de los Nacionalismos.

El nacionalismo y sus variantes: romántico, étnico-racista, fascista, nazi

A partir del romanticismo (principalmente alemán) en el siglo XIX sucede un importante cambio en el significado del término *nación*. Se trata de una redefinición bajo la influencia de la filosofía de la reacción contrarrevolucionaria. Es el resultado del espíritu de

la reacción contra el predominio de la Ilustración en Europa y evoluciona en el siguiente marco político:

- La derrota del sistema napoleónico y el fin de la hegemonía francesa en Europa.
- El espíritu romántico destaca la libertad colectiva contra la libertad individual, los pueblos son los principales protagonistas de la historia.
- Los movimientos reaccionarios y antidemocráticos crean sus ideologías políticas, sobre todo en Alemania y en España.

Toda la política nacionalista de los siglos XIX y XX parte de este fundamento, buscando primero la autonomía, luego el predominio, la hegemonía y la extensión a través de la política exterior. La historia del nacionalismo europeo es una historia de constante rivalidad, conflicto y enfrentamientos entre las naciones.

La síntesis más escalofriante se encuentra en una obra dramática de Heinrich von Kleist: *Die Hermannschlacht*. Kleist glorifica la victoria de los Germanos sobre las legiones del César Augusto en tiempos arcaicos. En realidad quiere incitar a sus compatriotas a la guerra contra los invasores franceses. Hermann, el vencedor, mirando a los romanos vencidos, se dirige a los suyos: «¡Matarlos! ¡No os preocupéis de la justicia!».

¿Cuántas veces se habrá repetido esta frase en las innumerables batallas que han sido libradas bajo el signo nacionalista desde 1812 hasta hoy?

Ante la disyuntiva de nacionalismo o democracia en sus revoluciones los pueblos de Europa han dado preferencia al nacionalismo. El mensaje nacionalista ha servido, como ningún otro medio, muy eficazmente para mantener controlados a los movimientos democráticos.

En su política interior, el nacionalismo también sirve como arma muy eficaz contra el joven movimiento obrero en los países en proceso de industrialización. Así, en referencia a la palabra de Carlos Marx de que el proletario no tiene patria, a la socialdemocracia alemana se le reprocha ser la «chusma apátrida». Esto ha sido un arma muy eficaz para reprimir la lucha obrera e impedir así la plena participación social y política. Las llamadas leyes antisocialistas de Bismarck mencionan en primer lugar el supuesto carácter apátrida del socialismo como argumento para prohibir toda actividad política de aquel partido. La socialdemocracia sólo se ha podido liberar de este reproche pesado asimilando las posiciones del nacionalismo durante la Primera Guerra Mundial y en la fase de constitución de la República de Weimar. Hasta Willy Brandt tiene que enfrentarse al argumento nacionalista de que un hombre que ha luchado contra Alemania (la Alemania Nazi) no debe ser su canciller.

En la alianza con el *racismo* el nacionalismo adquiere una nueva fuerza agresiva. Ahora acompaña la

expansión imperialista de las naciones europeas en África y Asia. Se destacan autores como Gobineau, Chamberlaine, Cecil Rhodes. Básico y fundamental ha sido el Darwinismo social para justificar el dominio de las supuestas razas superiores sobre sus modernos esclavos. Hay que destacar que la ideología imperialista logra crear una reforma completa de la ética tradicional y del derecho, válidos, desde la antigüedad hasta entonces, para hacer política, justificando la opresión y el exterminio físico del enemigo, al considerarlo inferior y despreciable. En la confrontación con poderes extraeuropeos los civilizados ingleses, franceses y alemanes pueden tirar por la borda todo comportamiento civilizado. Vencer al enemigo de color es importante y el colonizador emplea conscientemente la violencia contra los indefensos imponiendo la nueva norma ética. Poco conocido es el hecho de que los primeros campos de concentración fueron establecidos en África.

No es extraño que sobre estos principios se construyesen los Sistemas *fascistas* del siglo XX y sobre todo el *nazismo* alemán. No ha sido necesario inventar una sola idea nueva. La novedad del régimen *Nazi* fue que se atrevió a aplicar las reglas y experiencias arriba descritas para resolver los conflictos en la misma Europa y contra enemigos y minorías internos de la misma Alemania y en los territorios posteriormente conquistados.

Sin ningún escrúpulo y con el mayor desprecio de los derechos del hombre aquel régimen se dedicó a revocar los logros de la Revolución Francesa. El *nacionalismo racista* en su más extrema consecuencia se dedicó a la eliminación física de todo individuo considerado inútil y negativo para el supuesto bien del colectivo. Había nacido el *materialismo biológico*, al que le acompaña otro Materialismo, el Materialismo histórico, que —en su realización estalinista— enviará a millones de personas a la muerte por considerarlos inútiles y un estorbo para el colectivo socialista.

No cabe duda que ha sido el siglo XX el que más se ha destacado en la historia de la humanidad por sus actos de violencia y barbarie. El Nacionalismo ha sido el acompañante de la gran mayoría de estos hechos escalofriantes. Cabe preguntar entonces:

- ¿Cómo es posible que en la actualidad, al principio del siglo XXI, y después de todos estos sucesos existan grupos que se autoproclaman nacionalistas?
- ¿Cómo es posible que haya políticos que elogian la actitud de otros diciendo que son unos nacionalistas admirables y difícilmente superables?
- ¿Qué es elogiable en un comportamiento nacionalista?
- ¿Cómo es posible que haya ciudadanos que en elecciones democráticas voten libremente por tales posturas históricamente obsoletas?

El Nacionalismo Moderno

Obviamente se trata de un fenómeno que deberíamos llamar *nacionalismo moderno o nuevo* que ha invadido Europa y amplias regiones del mundo. Intentaré resumir algunas características generales, dejándole al lector hacer referencia a los casos concretos del nuevo Nacionalismo en España:

- No posee una filosofía propiamente elaborada, recurre a las doctrinas ancestrales. Su pobreza intelectual hace fácil su difusión social.
- La falta de una clara definición y la ausencia de un programa hacen posible las frecuentes mezclas y alianzas con posiciones ajenas que inclusive parecen contradictorias. Hay nacionalistas que al mismo tiempo proclaman su vinculación con un leninismo o anarquismo de extraña interpretación. Los islamistas se sirven sobre todo de la religión como instrumento de poder.
- Todos los instrumentos son utilizados para aislar al enemigo y atribuirle el papel del malo. El que niega el nacionalismo es considerado enemigo real. No es adversario o rival en el conjunto de la pluralidad de las opciones políticas.
- Los nacionalistas modernos son pragmáticos y versátiles en el manejo de los instrumentos publicitarios. Logran transformar a una parte importante de la población en clientela propia.
- La conquista del poder o la participación en el gobierno tiene absoluta preferencia frente a la pureza de la doctrina. Ésta se modifica según las circunstancias.
- El Nacionalismo Moderno —como el tradicional— acaba finalmente en el empleo de la violencia o de su justificación para lograr el fin político. La política, maquiavélicamente interpretada, aspira a un fin tan absoluto que los medios empleados siempre son justificables. El que levanta su bandera en lo alto de los altares trata la política como un acto de fe.

La reacción de los poderes ante el acoso del Nacionalismo

Los poderes que sufren acoso por los distintos Nacionalismos se defienden muy difícilmente. Si el conflicto llega a ser armado, bastante terreno político ya está perdido. El control policial se muestra tan ineficaz como la oferta de negociar un compromiso. Ambas medidas no tienen en cuenta el origen mental e ideológico de conflicto: el nuevo Nacionalismo se sirve de estructuras mafiosas en la población y los compromisos son imposibles debido al carácter fundamentalista y totalitario del credo sectario. Las

tragedias en los Balcanes, en Chechenia, Argelia y otras demuestran claramente que únicamente son aceptadas las soluciones que significan la victoria total nacionalista. La sociedad civil se divide en los Unos (los buenos) contra los Otros (los malos). Todos los pasos en busca de la reconciliación son denunciados como muestra de debilidad o traición.

El conflicto se parece cada vez más a un incendio forestal. Cuando buscamos los elementos que nutren el incendio encontramos numerosos mitos que sirven de elementos inflamatorios en diferente medida. Además, como sucede en todos los mitos, encubren intereses reales de poder, tanto económico, político y social de minorías que aspiran dominar en el área que disputan al poder enemigo.

Los mitos nacionalistas

A) La Raza o etnia

Como el nacionalismo histórico, el actual también se sirve del argumento racista en diferente medida, un argumento sin ninguna base científica. ¿Qué más se puede decir?:

La población de todos los estados europeos tiene un origen biológico similar. Se trata de un mestizaje histórico de diferentes elementos de la especie *homo sapiens* cuyos orígenes se pierden en la lejanía de la evolución histórica y prehistórica. En un estricto sentido biológico no existen pueblos, sólo poblaciones. Bertold Brecht ha rechazado el término —pueblo alemán— diciendo que él conoce solamente una población que habla alemán. Inclusive Goethe ha manifestado irónicamente contra los nacionalistas románticos: «¡Alemania, no sé dónde se encuentra!»

Heinrich Heine recomendó a sus compatriotas que siguieran conquistando el imperio de los sueños a través de la música y filosofía y que dejaran a otros que se ocuparan de la tierra. Friedrich Schiller recomendó completar la misión humanista por encima de la nacionalista entregando a Beethoven las palabras que todavía hoy nos emocionan: «Todos los hombres serán hermanos».

B) La sangre

El concepto arcaico atribuye a la sangre calidades misteriosas. Existe la creencia de que es responsable del carácter individual y de etnias específicas. La voz popular habla de sangre española. No creo que alguna analítica clínica la haya podido detectar. Nos preocupa más el colesterol y el ácido úrico.

Sin embargo, la Inquisición Española cultivó el mito de la sangre a través de las pruebas y certificados de limpieza de sangre. De esta manera quiso excluir a moriscos y judíos clandestinos de los puestos públicos

y demás rangos sociales. En las teorías racistas del siglo XIX renace este concepto. Nunca ha tenido ninguna base científica. Sin embargo sobrevive actualmente en declaraciones estúpidas y en los prejuicios y creencias populares.

C) Ser víctima

El Nacionalismo nuevo y viejo se autoproclaman víctimas de supuestas discriminaciones, persecuciones injustas y derrotas sufridas en un pasado lejano o cercano. Nace el resentimiento como estado febril de un complejo de inferioridad en busca de compensación. Toda realidad suele ser interpretada a través de esta única óptica. Veamos algunos ejemplos:

- Los nacionalistas serbios se consideran víctimas de agresiones históricas por turcos y alemanes. Estos siguen siendo los culpables de todas sus desgracias presentes y de las futuras.
- Los nacionalistas alemanes se consideraron víctimas del injusto Tratado de Versalles, denunciando este hecho se eximieron de toda responsabilidad por la política agresiva del Tercer Reich que trató de revisar el resultado de la primera derrota.
- Los nacionalistas franceses se consideraban víctimas de los alemanes después de 1871 por haber perdido las provincias orientales (Alsacia, Lorena).
- Y en España más o menos todas las Autonomías se consideran víctimas del Estado Español (como suelen decir) y reclaman la deuda histórica o justifican su deseo de independencia.
- Etcétera, etcétera, el mundo está repleto de víctimas. La lista sería interminable.

Todo esto sirve para crear otros mitos que siguen a continuación.

D) El guerrero en defensa de la causa justa

El nacionalismo agresivo justifica la violencia de sus acciones como formas de protesta y de defensa. A las víctimas de su agresión se les atribuye la única y verdadera culpa y responsabilidad. Este carácter militarizado del nacionalismo tiene consecuencias políticas:

- Con el enemigo odiado y militarmente combatido no se pueden formular pactos o compromisos (o patria o muerte). Esta actitud intolerante es un argumento que aumenta el atractivo en el medio juvenil y explica el éxito del nacionalismo entre jóvenes inmaduros y deseosos de acciones violentas.
- Siempre se trata de todo o nada. El tratado de paz sólo es posible cuando confirma la victoria. Por eso, más odiado que el enemigo es el prófugo, el compañero de la lucha arrepentido que abandona las armas
- El guerrero nacionalista es una figura triste y melancólica. No le cuesta confesar que no le gusta hacer lo que hace. Dice sufrir por tener que hacer sufrir a otros. Es la situación del esquizofrénico

que se esconde detrás de la autocompasión. Es una situación psicológica insana y repugnante. Esta misma actitud se encuentra también en el colectivo general que tolera o celebra la acción nacionalista como un acto de heroísmo. Una sociedad que ha pasado por la fiebre nacionalista tolerando actos de barbarie se encuentra durante largos años fuera de la normalidad, en un estado de excepción psicológica. Puede tardar una o más generaciones en lograr liberarse de una lacra así. (Como alemán que soy, sé de qué hablo.)

- El guerrero nacionalista derrotado suele entregarse a la autocompasión. Está convencido que ahora toca hacer el papel de mártir esperando el día de la liberación. Goza del clamor de sus admiradores que le llega hasta detrás de las paredes de la cárcel. Jamás se arrepentirá, ni se atrevería tampoco.

Todo lo dicho explica cómo el nacionalismo puede acabar en genocidios, auténticas masacres colectivas que son justificadas por el *victimismo* y la *defensa armada de una causa justa*. Los ejemplos históricos son innumerables:

- La exterminación de los armenios en Turquía durante la Primera Guerra Mundial.
- La política antisemita y el holocausto por los Nazis alemanes
- El genocidio en África (Ruanda, etc.)
- Las guerras de los Balcanes, etc., etc.

Todos estos asesinos reclaman el derecho de actuar así por razones ideológicas poderosas, que están por encima de su voluntad personal. Se justifican todos, declarándose inocentes de lo ocurrido. Llegan a exigir respeto y compasión por los sufrimientos que ellos han tenido que pasar por tener que hacer lo que hicieron. Los numerosos procesos criminales han mostrado siempre este mismo cuadro. (Yo pude seguir de cerca el proceso contra miembros de la SS del campo de exterminio de Auschwitz en Frankfurt en los años 60. Todos se declararon no culpables).

E) La simbología del Nacionalismo: la bandera

El publicista y escritor alemán Kurt Tucholsky describe en un reportaje publicado en la revista cultural *Die Weltbühne (La Tribuna del Mundo)*, en los años veinte, una manifestación nacionalista: Una multitud Nazi, entre ellos numerosos veteranos de la Guerra, están reclamando reivindicaciones políticas. Observa que hay personas sin un brazo, a otros les falta una pierna. Se supone que los hay sin dientes. Pero, «sin bandera, ni uno». El autor llega a la conclusión de que en estos tiempos nacionalistas se puede prescindir de cualquier órgano del cuerpo, «inclusive de la cabeza». El hecho fundamental es que sin bandera no hay nadie. La bandera se ha vuelto un órgano vital del nacionalista. Sin bandera ya no se es nadie.

Una simple enseña de uso militar durante los siglos pasados ha sido transformada por el nacionalismo en un símbolo de su ideología. Junto con la esvástica, la cruz gamada, las siglas de la SS con la tétrica calavera blanca, el nacionalismo Nazi ha hecho una demostración de su capacidad de encontrar un mensaje simple y efectivo. Son técnicas hábiles para lanzar mensajes inconfundibles a la opinión pública que anticipan los métodos de la publicidad comercial. La pobreza intelectual del credo nacionalista es compensada por una desorbitante simbología seudoreligiosa. Las manifestaciones son decoradas no con cientos sino con miles de banderas. El «movimiento nacional» se presenta como un alud irresistible que debe aplastar antes que convencer. Según las palabras de Joseph Goebbels, famoso propagandista de Adolf Hitler, el movimiento nacional deberá parecerse a un caudaloso río que se lleva todo por delante e imposibilita cualquier oposición. Nunca deberá aceptar el reto de un debate. Los nacionalistas no suelen tener argumentos. Se busca el evento masificado, la demostración de poder. El poder nunca contesta, exige obediencia, sumisión.

Para el líder demagógico el nacionalismo es un instrumento de manipulación muy útil y exclusivo por su rentabilidad. El adversario, encerrado en sus argumentos racionales, nada tiene que oponer. Tiene que argumentar en contra de gente que grita, canta y ondea una nube de banderas. Muchos religiosos se han visto envueltos en el credo nacionalista justificándolo. Han sido predicadores del nacionalismo tanto los ortodoxos, como los islamistas o los cristianos católicos.

Conclusiones

Los beneficios y los beneficiados

El Nacionalismo Moderno, aunque no produce bienestar y riqueza porque crea un estado de sitio permanente, permite y justifica un reparto nuevo de la riqueza existente. En medio del desbarajuste económico se suelen forjar y acumular fortunas.

El Nacionalismo exige sacrificios a las masas, el pago de cuotas «voluntarias» y en ciertos casos permite el robo y la extorsión en favor de la «causa justa». De forma directa o indirecta beneficia a los suyos. Para los que saben manejar este instrumento se vuelve una panacea. Sin ir lejos y sin conquistar América encuentran su «El Dorado» delante de su propia casa. Todos los Nacionalismos han acabado creando grupos privilegiados que se sirven de numerosos ayudantes que serán recompensados con premios nacionales y puestos de trabajo.

¿Y el nacionalismo democrático?

¿No es todo lo dicho hasta ahora pura imaginación? Posiblemente haya existido por ahí lejos. El Nacionalismo nuestro es Democrático ¿por qué no va funcionar?, me dice el vecino de al lado.

Nacionalismo y Democracia hasta ahora nunca se habían casado. La pareja parece demasiado desigual. Pero, todo es cuestión de experimento. Hay matrimonios exóticos. ¡Recuerden!: hace pocos años se separaron la familia formada por República popular y Democracia. No ha funcionado su unión a pesar de durar más de medio siglo. La causa ha sido la incompatibilidad de principios.

Democracia significa división de los poderes estatales públicos, independiente de voluntades ideológicas y criterios étnicos. El gobierno se basa en la voluntad de la mayoría. Los derechos de la minoría son respetados. El gobierno se somete a la regla de turno, es reemplazable. La minoría siempre tiene la real oportunidad de volverse mayoría y reemplazar el gobierno.

Hasta ahora, ningún nacionalismo ha repartido el poder con no nacionalistas, aceptando la posición anti-nacionalista como respetada alternativa democrática. El adversario político suele ser discriminado, excluido y criminalizado, inclusive señalizado como objetivo para el guerrero de turno.

Por eso, el Nacionalismo Democrático me parece una quimera.

¿Hay remedios?

No conozco ninguno.

Una catástrofe histórica —como en Alemania— puede causar un despertar del profundo «Sueño de la Razón» (ausencia del razonamiento) y eliminar temporalmente los monstruos de Goya. La educación está llamada a combatir creencias viscerales y mitos con el instrumento de la reflexión.

Me temo que es como todas las enfermedades: o se muere el paciente o el tiempo lo cura. Poco harán los médicos. Como historiador soy pesimista: Lo que ha durado desde el Paleolítico no desaparecerá por mucho que nos levantemos a predicar: ¡Despierta y considera, el mundo no es como tú lo ves!

Por mi parte, mi patria está repartida en el mundo. Se compone de distintos escenarios:

- Contemplo la puesta del sol en la Costa Atlántica de Colombia.
- Camino sobre las hojas caídas del otoño en un bosque de hayas alemán.
- Me recuesto sobre el tronco de un olivo viejo en Morón y digo con Goethe: «Donde se vive de verdad, hay patria».